

GLOBALIZACIÓN Y BIOPOLÍTICA

Introducción a la New Left Review 45

Una selección de las cuestiones políticas más acuciantes del momento presente podría incluir las siguientes: ¿deben las mujeres cubrir sus cabellos con pañuelos? ¿Podemos comprar y vender nuestros órganos corporales? ¿Cómo podemos controlar el tiempo meteorológico? Las cuestiones parecen casi frívolas, y desde luego no se trata de asuntos respecto a los cuales los textos canónicos y las tradiciones de la teoría política permitan determinar un firme asidero analítico. (¿Qué es una posición conservadora respecto al hijab? ¿Un punto de vista socialista sobre la colecta de órganos? ¿Una política liberal sobre el cambio climático?) El hecho de que tales asuntos deban contarse entre los más debatidos de nuestro tiempo indica una transformación radical del paisaje político.

El cambio es el resultado de los avances tecnológicos que han acrecentado nuestra capacidad de viajar, comunicar y modificarnos a nosotros mismos y a nuestro medio. Sin embargo, el desafío específicamente político que plantea estos cambios remite a su alcance global, y al enorme diferencial que presenta su impacto en las distintas poblaciones. Hace sólo unos años los asuntos que remitían a esa transformación solían quedar englobados bajo la rúbrica de la «globalización», que, tanto para sus promotores como para sus detractores, dependía de la relación entre lo global y lo local. Ahora, muchos de ellos son considerados biopolíticos en la medida en que son producidos a través de las interacciones entre el poder político con lo privado y lo corporal. Casi imperceptiblemente, la globalización se ha tornado en biopolítica, el pivote entre el 11-S y el estado de emergencia global conocido como «guerra contra el terrorismo».

La invitación a editar un número especial de la *New Left Review* y a escribir para el mismo ofrece la oportunidad de explorar las interrelaciones entre estos temas. En vez de dejar que uno de ellos se superponga con el otro, la *NLR* 45 yuxtapone ambos temas. Globalización y biopolítica han de ser diferenciados si queremos aferrar las conexiones entre ambos, así como comprender por qué el activismo asociado con el primero se ha transformado en la pasividad característica del segundo.

Varios de los artículos que siguen regresan sobre temas asociados a la globalización y a su ambiguo significado para el desarrollo humano. Aunque la «guerra contra el terrorismo» ha tenido un impacto devastador en sus participantes y espectadores, para la mayoría de las personas, como pone de manifiesto la serie de artículos de John Chalcraft, Sanjay Reddy y Kaushik Sunder Rajan, el principal problema sigue consistiendo en cómo sacar de la economía global los recursos para sobrevivir, sanas y relativamente autónomas. Y, tal y como indica el artículo «Vectores de la biopolítica», este proyecto práctico (como sucede en cualquier estado de excepción) conduce a las personas a la esfera pública y somete a la vida misma a los caprichos del Estado y del mercado.

La globalización derrumba la distinción entre público y privado, y en la interacción mutua entre la naturaleza y la cultura, lo privado y lo público se disuelven finalmente a su vez. Sven Lütticken describe un mundo en el que la naturaleza es transformada, mientras que «la cultura humana está cada vez más dominada por la nueva naturaleza»; y el intercambio entre Clive Hamilton y George Monbiot subraya el modo en que la reacción medioambiental precisa de una política que sea al mismo tiempo más íntimamente personal y más globalmente consecuente que nunca.

Dentro del oscuro territorio definido por la interacción simultánea entre lo público y lo privado, la naturaleza y la cultura, nuevos agentes y formas de agencia están tornándose visibles. Jane Bennett esboza una esfera pública compuesta de «un ensamblaje de humanos y no humanos» en el que los agentes trabajan «dentro y junto» a los demás. Chalcraft apunta el papel de lo que provocadoramente denomina agencia «perdida», en la que los agentes operan dentro de los sistemas de los que tratan de escapar. Una de las hebras que se desprende de aquí es la idea de que tanto la globalización como la biopolítica son coproducciones de sistemas opuestos, de objetivos incompatibles, de agentes animados e inanimados.

Si el cambio climático es el asunto paradigmático de la nueva política, es también un recordatorio de que la vida es coproducida con la muerte. La sugestión de Monbiot de que debería sacrificarse a un auxiliar de vuelo cada vez que alguien muera de hambre, y la observación de Hamilton de que para los consumidores la resolución del cambio climático significaría una especie de muerte, son dos aspectos de ello; el meticuloso análisis del incremento cada vez menor de la longevidad en China por parte de Reddy constituye otro aspecto. La igualdad social que potencialmente traen consigo «los vectores de lo biopolítico» remite en última instancia al problema de estar igualmente vivos e igualmente muertos.